

la sola religion verdadera, la sola religion santa, la sola divina. Pero su santidad, su divinidad se manifiestan además, con una evidencia, que debe parar á todo hombre sincero, con respecto á su modo de establecerse, y en sus efectos causados en la sociedad.

No es un espectáculo poco maravilloso el triunfo de la religion cristiana, y la caída del paganismo, despues de un combate, que tuvo en expectation al mundo por espacio de trescientos años. Que doce hombres nacidos de una estirpe obscura en medio de una nacion odiada de todas las demas, emprendan mudar la faz del universo, reformar las creencias y costumbres, abolir los cultos supersticiosos que se hallaban por todas partes mezclados con las instituciones políticas, someter á una misma ley enemiga de todas las pasiones, á los soberanos y súbditos, los esclavos con sus señores, los grandes, los febles, los ricos, los pobres, los sabios é ignorantes; y todo esto sin contar con apoyo alguno de la fuerza, ni de la elocuencia; ni del discurso, bien por el contrario, á pesar de la violenta oposicion de cuantos tenían algun poder, á pesar de las

persecuciones de los emperadores y magistrados, la resistencia interesada de los sacerdotes de los idolos, las burlas y el desprecio de los filósofos, el furor del fanatismo: que estos hombres, indicando á las naciones el instrumento de un infame suplicio, hayan vencido el fanatismo de la multitud, y á los filósofos, los sacerdotes, los magistrados, los emperadores; que la cruz se haya elevado sobre el palacio de los Césares, de donde habian salido tantos edictos sanguinarios contra los discípulos del Cristo, y que sufriendo y muriendo, hayan subyugado todas las potencias humanas, esto es en toda la historia, un hecho único, prodigioso, y que desde luego pasma, como una excepcion notoria entre todo lo que se sabe del hombre.

Se ha intentado, sin embargo, explicar este maravilloso, acontecimiento por causas naturales, y Gibbon cuenta cinco, que le parece bastan para hacer entender como se ha propagado el Cristianismo; pero los esfuerzos de este filósofo,

Véase Gibbon's *History of the Decline and Fall of the roman Empire*, cap. xv.

por quitar á la Religion cristiana una de las pruebas de su divinidad, no sirven sino para hacerla brillar mas, tan desproporcionadas son las causas que él indica, para el efecto que han debido producir.

La primera es el celo de los Apóstoles, y ciertamente no se negará; pero este celo extraordinario, ¿qué principio tenia? ¿Quién le habia producido, quién le sostenia en lo fuerte de la persecucion? ¿Reconoceréis que ofrece caracteres particulares, que en su completo desinterés, su constancia imperturbable, su ardor y separacion de toda especie de fanatismo, no se parece este celo á nada de lo visto hasta entonces? Esto es explicar el prodigio del establecimiento de la Religion cristiana por otro prodigio, á quien os agrada llamar causa natural. ¿No era el celo de los Apóstoles, por el contrario, sino un deseo puramente humano de propagar creencias que habian adoptado? Pregúntase ¿si esta clase de celo no es una calidad comun á todos los que quieren persuadir, y si hubo alguna vez un sectario, un autor de alguna nueva opinion, que, en este sentido, no haya tenido celo, y un celo muy ar-

diente? Sábese bastante que es necesario enseñar una doctrina, para propagarla, y nadie duda, por lo que pienso, que el Cristianismo haya sido predicado. Pero, de donde viene que una doctrina tan dura para las pasiones, tanto tiempo y con tanto vigor combatida, no ha dejado de establecerse sin algun auxilio exterior, á pesar de una oposicion universal, esto es lo que se trata de hacer ver, y lo que la predicacion mas celosa no puede explicar. Razon bien extraña, es la que se nos da del triunfo del Evangelio: los paganos han creido, han obedecido á ciertos hombres simples y comunes, sin poder, sin riquezas, sin letras; han dejado sus fiestas, en que los embriagaba el placer, y corrieron al martirio, porque se les dijo: ¡Creed, obedeced, morid!

El dogma de la inmortalidad del alma es la segunda causa que da Gibbon para explicar los progresos del Cristianismo: ¿cómo si este hubiese sido un dogma nuevo y hasta entonces desconocido al mundo! Es cierto le desecharan algunos filósofos; pero el universo atestiguaba la perpetuidad de esta creencia, y hemos demostrado que no hubo nacion, que no haya admitido

do la eternidad de los premios y las penas futuras. Este artículo esencial de la fe primitiva, conservada por la tradicion, fué siempre y en todo lugar la sancion necesaria de la moral, de las leyes, y del orden público. El dogma de la inmortalidad del alma, creido por todos los paganos, que no eran mas que paganos, no pudo, de consiguiente, ser la causa que los ha impelido á renunciar la idolatria para adoptar el Cristianismo.

La tercera causa indicada por Gibbon es el poder de milagros, el cual ha contribuido poderosamente al establecimiento de la Religion cristiana, y se ve en los antiguos Padres, asi como en los fragmentos que nos quedan de Celso, Porfirio y Hiérocles quanto movieron los milagros á los paganos. Lo que no deja de causar extrañeza es

Gibbon para dar mas vigor á esta llamada causa, le reune la opinion de los milenarios, que no fué jamas sino un error de algunos particulares, y que muy de cierto no han enseñado los Apóstoles. Es casi como si se dijera que los misioneros han extendido la religion católica en la China; porque ha habido ingleses en Macao, quienes acerca de varios puntos, tenían sentimientos reprobados por la Iglesia católica.

que Gibbon coloca los milagros entre las causas naturales, que han favorecido la propagacion del Cristianismo. Pero es de notar que á su parecer los Apóstoles no han hecho milagros, de modo que, segun él, se ha extendido el Cristianismo por una causa que no existia. Y ¿en qué se funda para negar el poder de milagros? No en otra cosa sino que este poder, siempre subsistente en la Iglesia, como lo probamos en otra parte, ha venido no obstante á ser mas raro que lo era en su origen. Pero, aún quando hubiera cesado enteramente, ¿qué podria concluirse de aquí? ¿De que no existiese ya, se seguiria no haber existido jamas? Seria lo mismo que negar la creacion, so pretexto de que Dios no cria perpetuamente.

Sin embargo, « ¿por qué no se ven ya los milagros que en otro tiempo? » Es la misma pregunta que hacian algunos filósofos en tiempo de San Agustin. ¿Qué les contestó este ilustre obispo? « Yo podria decir fueron necesarios estos milagros antes que el mundo creyera, para que por ellos se moviera á creer. Todo el que pide aun prodigios para creer, es él mismo un gran

« prodigio, pues que no cree cuando ya cree
 « todo el mundo. Mas ellos hablan así para no
 « creer hayan sucedido realmente tales milagros.
 « ¿ De dónde procede el celebrarse por todas par-
 « tes con tanta fe la subida del Cristo al Cielo en
 « su propio cuerpo? ¿ De dónde que, en un siglo
 « ilustrado, y que repudiaba todo lo imposible,
 « ha creído el mundo, sin milagro alguno, cosas
 « tan estupendas é increíbles? ¿ Dirán que eran
 « creíbles, y que por lo mismo las han creído?
 « ¿ Por qué pues no creen? Nuestro discurso es
 « corto: O las cosas increíbles obradas á vista de
 « los pueblos les han hecho dar crédito á una cosa
 « increíble que no veían, ó esta cosa es creíble
 « sin algunos milagros, y los incrédulos están
 « convencidos de infidelidad criminal¹. »

¹ Cur, inquirunt. nunc illa miracula, quæ prædicatis facta esse, non fiunt? Possem quidem dicere, necessaria fuisse prius quam crederet mundus, ad hoc ut crederet mundus. Quisquis adhuc prodigia ut credat, inquirat, magnum est ipse prodigium, qui mundo credente non credit. Verum hoc ideo dicunt, ut nec tunc illa miracula facta fuisse credantur. Unde ergo tanta fide Christus usquequaque cantatur in cælum cum carne sublatus? Unde temporibus eruditiss, et omne quod fieri non potest respicientibus, sine ullis miraculis

Es difícil de concebir se entendiese Gibbon á si mismo. ¿ Los discipulos de Jesucristo hicieron obras milagrosas en confirmacion de la doctrina que predicaban? Responded sí, ó no. En el primer caso el Cristianismo se ha establecido de un modo sobrehumano y su divinidad es incontestable. En el segundo, es evidente no hubiera podido establecerse, porque hubiera sido imposible que la impostura de los que decían hacer prodigios tan numerosos y admirables, no se hubiese descubierto y hecho pública.

¿ Cuán ingeniosa y profunda es la filosofía en sus conjeturas! ¿ Cómo vienen á ser simples los acontecimientos mas extraordinarios, luego que ella tiene á bien el explicarlos! No comprendéis se haya propagado el Cristianismo naturalmente; pues ella os lo hará comprender. Los Apóstoles

nimium mirabiliter incredibilia credidit mundus? An forte credibilia fuisse, et ideo credita esse dicturi sunt? Cur ergo ipsi non credunt? Brevis es igitur nostra complexio: aut incredibilis rei, quæ non videbatur, aut incredibilia, quæ tamen fiebant et videbantur, fecerunt fidem; aut certe res ita credibilis, ut nullis quibus persuaderetur miraculis, indigeret, istorum nimiam redarguit infidelitatem. De civit. Dei, lib. XXII, cap. VIII, n. 4, tom. VII, col. 665.

dijeron: « Os anunciamos el Evangelio en nombre del Eterno, y debéis creernos porque tenemos el don de milagros. Damos la salud á los enfermos, á los paralíticos el uso de los miembros, la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la vida á los muertos. » Al oír este discurso vino el pueblo de todas partes, para presenciar los milagros prometidos con tanta seguridad. Los enfermos no se curaron, los paralíticos quedaron como antes, no vieron los ciegos, ni oyeron los sordos, los muertos no han resucitado. Entonces el pueblo, lleno de admiración, se postró á los pies de los Apóstoles y exclamó: ¡Estos son visiblemente los Enviados de Dios, los ministros de su poder! y haciendo al momento pedazos los ídolos, dejó el culto de los placeres, por el de la cruz, renunció sus hábitos, sus preocupaciones y pasiones; reformó sus costumbres, abrazó la penitencia, los ricos vendieron sus bienes, para distribuir el precio á los pobres, y todos prefirieron los mas espantosos tormentos y una muerte infame, al remordimiento de abandonar una religion que tan sólidamente se les había probado.

Gibbon hace con justicia un elogio magnífico de las virtudes de los primeros cristianos; y estas virtudes, reunidas á la perfección del gobierno de la Iglesia, son las dos últimas causas, que el asigna á los progresos del Cristianismo entre los paganos. ¿No es esta una explicación singularmente satisfactoria? Se pregunta cómo ha podido establecerse entre los hombres una doctrina chocante á todas las opiniones, á todas las preocupaciones reinantes; y se responde que porque además combatia todas las inclinaciones del hombre. Dejaron los paganos sus dioses porque se les dijo debían tambien dejar sus bienes. Han creído todos los misterios de la Religion cristiana, para tener el gusto de privarse de todos los placeres, de vivir pobres, humillados, despreciados, y morir despues en tormentos. Esto es lo que ha debido seducirlos. Tambien es claro debió servirles de aliciente el gobierno de la Iglesia, y su disciplina, el ayuno, la oración, la vigilia, la confesión pública, las largas y austeras penitencias, y la obligacion de obedecer á los pastores, que les mandaban abstenerse de los espectáculos, de las fiestas, de todo lo que el

pueblo corrompido miraba casi tan necesario como los alimentos, *panem et circenses*.

Dejemos estos delirios filosóficos, y si ha sido necesario recordarlos, sirvannos para concebir la imposibilidad de dar explicacion del triunfo de la religion de Jesucristo por las causas humanas, y para comprender mejor esta importante verdad, observemos que si no hubiera sido el Cristianismo la obra de Dios, no debia haberse establecido sino de dos modos; ó por la conformidad de su doctrina con los pensamientos, inclinaciones y deseos del hombre; ó por causas exteriores igualmente propias á lisonjear sus inclinaciones, deseos y pensamientos; porque es contradictorio suponer que el hombre abandonado á si mismo, pudiese querer lo que le repugna, y obrar contra sus pasiones. Esto pues hubiera sucedido si el Cristianismo no fuera divino en su establecimiento, de modo que fué necesario elegir entre dos prodigios, uno del poder y bondad de Dios si es divina la Religion cristiana, y otro del absurdo si no lo es.

El Cristianismo es con efecto diametralmente opuesto en todo á la naturaleza del hombre de-

gradado; ó de no, ¿cómo la pudiera reformar? ¿Cómo producido hubiera las virtudes heroicas que Gibbon mismo admira?

El hombre poseido naturalmente de la soberbia, quiere verse elevado, distinguido, honrado; aspira al mando, y á ser el primero en todo y por todo. El Cristianismo le dice: Póstrate, humillate, obedece y cuida de ser el último.

Su curiosidad es insaciable, quiere saber, quiere juzgar de todo. El Cristianismo le dice: Cree.

Quiere saciar sus apetitos, y gozar de lo agradable á los sentidos. El Cristianismo le dice: Haz penitencia, macera tu cuerpo, sufre.

He aquí sin duda una doctrina contraria al hombre todo. ¿Quién pudo resolver á los hombres para seguirla? ¿Qué ventajas les ofrecia ella en cambio de los sacrificios que pide? ¿Qué conveniencias visibles hallaban ellos en la profesion del Cristianismo?

La soberbia perdía las dignidades, y con ellas los honores, los bienes; y no podia prometerse sino la derision y el menosprecio.

Encontrábase la razon altiva y curiosa, no ya

con la *sabiduría* filosófica para ella tan encantadora; y si con *la necesidad de la cruz*, tampoco la ciencia del siglo, sino una fe humilde hácia misterios incomprensibles que chocan al juicio del hombre.

Hallan finalmente los sentidos en el Cristianismo todo cuanto se les resiste, y cuanto miran con horror, una vida pobre y dura, prisiones, cadenas, caballetes, hogueras y cadalsos.

Transportaos al circo, y veréis en la arena al cristiano en un estado débil, resulta de los tormentos que sufriera. Escuchad los gritos rabiosos del populacho, las insulsas ironías de los sofistas, y los sarcasmos de los grandes. Ultrajan y maldicen á este hombre que despues de poco ha de ser despedazado por los dientes y zarpas de bestias feroces. Una sola palabra, si, una sola palabra que pronunciara le salvaba, pero jamas la pronunciará. ¿Digasenos qué motivo humano le da tal heróico valor, para arrostrar la muerte tan ignominiosa, cubierto de la execracion pú-

¹ *Græci sapientiam querunt: nos autem predicamus Christum crucifixum: Judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.* Ep. 1 ad Corinth., 1, 22 y 25.

blica? Expliquésenos este amor inaudito al suplicio y vilipendio. En cuanto á mi que solo veo al mártir poner los brazos en cruz y mirar al cielo, ya no busco en la tierra la explicacion de su constancia, ni la razon de su sacrificio.

A la época en que se anunció el Cristianismo al mundo, no habia nada en él, ni fuera de él, que no debiera inspirar á los hombres, entregados á sí mismos, su mas alto desprecio.

Luego no ha podido establecerse el Cristianismo por alguna causa humana.

Luego el Cristianismo es divino en su establecimiento.

En ello conviene la filosofía misma, y concede esta verdad, cuando de buena fe cede á una evidencia, que ningun sofisma puede tergiversar.

El Evangelio no dejó de establecerse despues de poco tiempo en toda la tierra, aunque predicado por gentes sin nombre, sin estudios, ni elocuencia, perseguidos cruelmente y privados de todo humano concurso. Este es un hecho innegable y que prueba ser obra de Dios.

¹ *BAYLE, Dictionn. crit.: art. Mahomet, nota O.*

Así es como habla Bayle, y Rousseau no estaba menos penetrado de lo maravilloso de este hecho.

« Despues de la muerte de Jesucristo, doce
« pobres entre pescadores y artesanos, emprendieron instruir y convertir al mundo. Su método era sencillo; predicaban sin arte, pero con un corazón penetrado de lo que anunciaban, y la santidad de su vida era el milagro más pasmoso y admirable, de todos los milagros con que Dios honraba su fe. Sus discípulos siguieron el mismo ejemplo, y el éxito fué prodigioso. Alarmados los sacerdotes del paganismo, hicieron ver á los príncipes que se perdía el Estado, porque venían á menos las ofrendas. Levantáronse persecuciones, y los perseguidores no consiguieron más que dar mayor impulso al progreso de la Religion que pretendían sofocar. Corrian al martirio todos los Cristianos, todos los pueblos al bautismo: la historia de estos primeros tiempos es una série no interrumpida de portentos!

¹ Réponse au roi de Pologne, p. 262.

Segun la enérgica expresion de Tertuliano *la sangre de los mártires era la semilla de los Cristianos*¹. « Nosotros somos de ayer », decia, « y lo llenamos ya todo. Ocupamos vuestras ciudades, vuestras islas, las fortalezas, vuestras aldeas, vuestros consejos, aun los campos, vuestras tribus, las decurias, el palacio, el senado, el foro. Los templos son lo único que os dejamos². » El Cristianismo del segundo siglo era más extenso que el imperio romano³: habia so-

¹ *Sanguis martyrum semen est christianorum.* Apol. adv. Gent.

² *Hesterni sumus, et vestra omnia implevimus, urbes, insulas, castella, municipia, conciliabula, castra ipsa, tribus, decurias, palatium, senatum, forum. Sola vobis relinquimus templa.* Ibid., cap. xxxvii.

³ *In quem alium universæ gentes crediderunt, nisi in Christum, qui jam venit? Cui enim et aliæ gentes crediderunt: Parthi, Medi, Elamitæ, et qui inhabitant Mesopotamiam, Armeniam, Phrygiam, Cappadociam: et incolentes Pontum, et Asiam, Pamphiliam: immorantes Ægyptum, et regionum Africæ quæ est trans Cyrenem inhabitantes; Romani et incolæ; tunc et in Hierusalem Judæi, et cæteræ gentes: ut jam Getulorum varietates, et Maurorum nulli fines: Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversæ nationes, et Britannorum, inaccessa Romanis loca, Christo verò subdita; et Sarmatarum, et Dacorum, et Germanorum, et Scytharum; et*

metido á las naciones cultas, y los pueblos bárbaros. Habían temblado á vista de la cruz las falsas divinidades del Capitolio, aunque plantada en Roma por un pobre pescador del lago de Genesareth; y esta misma cruz llevada al mismo tiempo á la otra extremidad del mundo, llenó de gozo y esperanza á los Escitas errantes en sus carros por los desiertos del Asia mayor. Parecía no haber ni tiempos, ni distancias que retardase el curso de la palabra evangélica: estaba en todas partes al mismo tiempo.

Jesucristo tenía pronosticado esta rápida propagacion de su doctrina, y era pronosticar un milagro; pero quien le vaticinaba era omnipotente para obrarle. *Luego que yo sea crucificado haré venir á mi todas las cosas*¹. Por cierto que no se dirá hablaba de este modo por apariencias

additarum multarum gentium, et provinciarum et insularum multarum nobis ignotarum, et quæ enumerare minus possumus? In quibus omnibus locis Christi nomen qui jam venit, regnat. (TERTULL., Adv. Judæos, cap. vii. p. 189. Edic. Rigalt.) Véase tambien EUSEB., Præpar. evang., lib. I. cap. III. — S. IREN., Contr. Hæres., lib. III. cap. IV. p. 178.

¹ *Nunc judicium est mundi; nunc princeps hujus mundi ejicietur foras. Ego si exaltatus fuero à terrâ, omnia tra-*

humanas. Si en medio del senado romano, en tiempo de Augusto, hubiera contado un profeta los cambios que se preparaban, ¿qué hubieran pensado estos graves magistrados? Se hubieran compadecido del profeta, y se hubieran divertido entre ellos con sus extravagantes cavilaciones.

Reflexionando lo que era entonces la sociedad pagana sobre el espíritu de incredulidad, y todos los errores introducidos por una filosofía, que habia elevado la impiedad á sistema, la duda y el vicio mismo, y que á estos desórdenes de la inteligencia, á esta total corrupcion del corazon, se ve de repente suceder una fe dócil y sencilla, las costumbres mas severas, las virtudes mas puras; se concibe perfectamente, que tal regeneracion admirable de la naturaleza humana, no ha podido ser obra del hombre; supuesto que los esfuerzos de su razon, en los siglos mas ilustrados, toda su ciencia, sus descubiertas, artes, instituciones, leyes, todo, no habia servido sino

hanc ad me ipsum. Hoc autem dicebat significans quæ morte esset moriturus. JOANN., XII. 51—55.

para sumergirle en una depravacion sin ejemplar. Fué necesario para hacerle salir de este abismo de disolucion y miseria, no solo instruirle, sino ayudarle por medios sobrenaturales. Para que no pudiese atribuir de modo alguno á sí mismo su propia salvacion, Dios quiso que los instrumentos de su misericordia, destituidos de todo quanto contribuye al éxito de los designios humanos, fuesen positivamente por lo mismo los ministros de un poder superior al suyo. «Eligió Dios lo que tenia el mundo por necio, para confundir á los sabios; lo que se reputaba débil y enfermo, para confusion de los fuertes; y lo que se consideraba despreciable y bajo, por el mundo, así como tambien lo que no es, con el fin de destruir lo que es, para que de este modo no se atreviera hombre alguno á gloriarse en su presencia».

Videte enim vocationem vestram, quia non multi sapientes secundum carnem, non multi potentes, non multi nobiles: sed quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes. et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia, et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt ut ea quæ sunt destrueret: ut non gloriatur omnis caro in conspectu ejus. Ep. I ad Corinth., I, 26—29.

No insistirémos mas quanto al establecimiento de la Religion cristiana. Rousseau es quien dice. *La historia de estos primeros tiempos es un prodigio continuo.* ¿Hay, pues, un prodigio continuo en el orden de los acontecimientos naturales? ¿Qué otra cosa es un prodigio continuo, sino la manifestacion continua del poder divino? Luego el Cristianismo se ha establecido de un modo divino; luego tambien su divinidad es tan cierta como su existencia.

No puede menos de reconocerse por sus efectos, obra de Dios. Véase lo que bajo el paganismo era el hombre, y lo que ha venido á ser. Al orgullo sucedió la humildad, al odio la caridad, al desprecio de la humanidad el respeto y amor por el hombre, á la licencia mas desenfadada el espíritu de desprendimiento, con los prodigios de la penitencia y la pureza. El menor de los cristianos, fiel observador de los deberes impuestos rigorosamente por su religion, excede con mucho en perfeccion á todos los personajes encomiados por Grecia y Roma como los mas virtuosos; pues que una insufrible vanidad era por lo comun la menor de sus flaquezas. Mués-

treseme entre estos sabios un solo *hombre manso y humilde de corazón*. Ya se sabe cual era la continencia de Aristides y de Catón: ¿Qué vicio podía notarse criminal en medio de la general corrupcion? ¿Hubo algún romano que hiciera escrúpulo de asistir á los espectáculos del circo? Trajano hizo se presentaran á la vez diez mil gladiadores en la arena, donde Tito condenó á los prisioneros judíos á que se degollasen mutuamente.

Puédese ver en Tertuliano², en San Cipriano³, y en Lactancio⁴ el horror que inspiraron estas matanzas monstruosas á los primeros cristianos. Las mugeres mismas y hasta las Vestales se complacian á la vista del crimen y en la muerte. Vino un solitario*, del Oriente con el ánimo de hacer desterrar estos *juegos* (así los llamaban), mas el pueblo furioso le mató. Constantino los prohibió

¹ DION. CASS., lib. LXVI, cap. LXVIII.

² TERTULL., *De Spectaculis*.

³ S. CYPRIAN., *Ep. ad Donat.*

⁴ *Instit. divin.*, lib. VI, cap. X.

Llamábase Telemaco.

al subir al trono y cesaron enteramente en el reinado de Justino.

Habiendo venido á ser poco á poco las leyes de la religion las del Estado, se purificaron las costumbres; se formó una mas elevada idea de la santidad del matrimonio, la vida del niño* y su inocencia fueron protegi-

* *Cod. Theodos.*, lib. XV, tit. XII, p. 596. Edic. Gothofred.

² BARON., *Annal.*, tom. VIII, p. 42. — CASSIODOR., lib. X, cap. II. — La Iglesia guiada por el mismo espíritu, prohibió los torneos bajo diferentes penas. Véase *Concil. Remens.*, ann. 1137, *Ap. Marten.*, tom. VII, p. 76. París, 1753. — *Concil. Lateran.*, ann. 1177, can. 50. — GUL. NEWBRIG., tom. I, p. 259. — DUCANGE, *Glossar.* voz *Jousta*, *Tornamenta*, *Hastiludium*. Véase en el mismo autor y en Spelman y Lindenbrog, los esfuerzos de los principes cristianos, y de la autoridad eclesiástica para abolir el duelo. (voz *Duellum*, *Monomachia*, *Campio*, *Pugna*.) Véase tambien *Sax. Grammat.*, lib. X. — ERIC. UPSALIENS., lib. I. — RESEN., *Jus antiquum Danicum*, p. 642 y 645. — BARON., *Annal.*, tom. XI, p. 145 y sig. *Concil. Trident.*, sec. XXV, cap. XIX.

* Tácito miraba como extraordinario que los Germanos no hicieran perecer alguno de sus hijos. (*De morib. German.*, cap. XIX.) — En la obra de Apuleyo que vivía en tiempo de los Antoninos, un hombre que estaba para hacer un viage, mandó con serenidad á su muger matase á la criatura de que se hallaba en cinta si era niña. (*Metamorph.*, lib. X, p. 227.) Sucedió un caso semejante en Terencia. « Un hombre, aunque pobre, » dice Posidipo, « no quiso exponer su hijo; pero con trabajo el rico mismo

das²; la esclavitud á lo primero suavizada³; desapareció despues enteramente³; establecióse un nuevo derecho de guerra, los gobiernos se consolidaron⁴; los príncipes dejaron vivir á sus hermanos⁵; no temieron las revoluciones tan frecuentes entre los antiguos.

² « querrá conservar su hija. » (*Gnomic. Poet.*) Véase tambien PHIL. JUD., *De Legib. specialib.*, pág. 794. Paris, 1630. — BYNKERSHOK, *De Jure occidenti et exponendi liberos ap. veter. Rom.*, y NOOD, *De partús expositione et nece apud veteres.*

³ *Cod. Theodos.*, lib. X, tit. XXVII, p. 188. Edic. Gothofred. — LINDENBROG, *Lex Wisigoth.*, lib. VI, tit. III.

⁴ LACTANT., *Divin. Instit.*, lib. V, cap. v. — LINDENBROG, *Lex Wisigoth.*, lib. IV, tit. V, y lib. VI, cap. XIV. — Ina, que reinaba en el séptimo siglo en Inglaterra, manumitió á un esclavo á quien su amo habia forzado á trabajar el domingo. WILKINS, *Leges anglo-saxonice*, p. 14.

⁵ THOMASSIN, *Discipline, etc.*, t. II, p. 222, 225 y 855. — WILKINS, *Leges anglo-saxonice*, p. 120. — EADMER, *Novorum, etc.*, lib. III, p. 64. — STIERNHOOK, *De Jure Suenonum*, p. 226. — En fin en el año 1167. el papa Alejandro III, declaró á nombre de un concilio, que todos los cristianos debían estar exentos de la esclavitud. « Esta ley sola, » dice Voltaire, « debe hacer amable su memoria para con todas las naciones. » *Essai sur l'Hist. génér., etc.*, cap. LXV, tom. II, p. 188. Edic. de 1756.

⁴ Véanse con este motivo aproximaciones curiosas en BOZIUS, *De Signis Eccles.*, tom. II, pág. 568 y sig.

⁵ « No hay, » dice Plutarco, « mas que un ejemplar de asesinato doméstico entre los descendientes de Antígono, á saber el de

Dos cosas hizo el Cristianismo, mandó á los pueblos obedecer, y comprimió el abuso del poder¹. No pueden oirse las palabras que dirigia á los reyes cuando los coronaban sin bendecirle. « Tomad esta varita en señal de yuestro poder sagrado, para que podais fortalecer al débil, sostener al vacilante, corregir al vicioso, y dirigir al bueno en el camino de la salvacion. Tomad el cetro como regla de la equidad divina, que gobierna al bueno y castiga al malo, enseñeos él á amar la justicia, y detestar la iniquidad². »

¹ Filipo, que mató á su hijo; pero casi todas las otras familias presentan ejemplos numerosos de niños asesinados, de madres, asi como de mugeres; y cuanto á las muertes de los hermanos, se cometian sin escrúpulo, porque era una máxima de gobierno, « tenida por tan cierta como los primeros principios de geometria, que un rey no podia menos por su propia seguridad de matar á su hermano. » *In Demetr.*

² Eduardo Ryan, ministro protestante de Donoghmore ha reunido muchos ejemplos en su obra intitulada: *Bienfaits de la Religion chrét.*, tom. I, p. 262 y sig. de la traduccion francesa.

³ DUCANGE, voz *Baculus regius*. — Los reyes de Suecia estaban obligados á jurar, que amarian á Dios y á la Iglesia, que no harian mal á ningun particular, ni en su persona ni en su propiedad; que serian fieles á la verdad y á la justicia; que reprimi-